

MONOLINGÜISMO

PROF. JORGE HERNÁNDEZ ■
DOCENTE-INVESTIGADOR,
UNL

Hoy, como pocas veces, se ha instalado en las disciplinas proyectuales la necesidad de repensar los constructos epistémicos y las prácticas del proyecto, desde perspectivas que amplíen los horizontes trazados por miradas unificadoras y unívocas, para dar cuenta del estado de situación donde se hace presente la actividad proyectual cultural en que nos encontramos inmersos. La arquitectura, el fenómeno urbano, el campo del diseño, vienen transitando caminos cuyas huellas no tienen visibilidad absoluta, ni marcas reconocibles por su sola figura perceptual. Asistimos a un fenómeno epocal de reposicionamientos y desplazamientos del paradigma estructuralista, anclado en el proyecto moderno. Tal cuestión ha generado un debate contemporáneo y resulta inevitable e inexcusable comprender a qué referencias epistemológicas aludimos en la incorporación del prefijo *post*. Las perspectivas y enfoques en tal sentido son heterogéneos, los autores diversos, incluso a veces expresados en soliloquios disciplinares interpretativos, lejanos de quienes han planteado el fenómeno posestructuralista como una diferente naturaleza del pensamiento.

Esta impresión del ambiente cultural coetáneo llevó a un grupo de docentes de la FADU a organizar durante el año 2000 el curso *Nuevas Perspectivas del Pensamiento Francés Contemporáneo* dictado por los profesores de la UNL Manuel Navarro y Jorge Hernández, con miras a desplegar desde el conocimiento y la reflexión los conceptos claves de los tres autores

que se seleccionaron para trazar un recorrido: Foucault, Derrida y Deleuze. Conceptos tales como pensamiento e imagen del pensamiento, diferencia y repetición, espacio liso y espacio estriado, logocentrismo y deconstrucción, han sido sobrevolados durante el curso, y el texto de Jorge Hernández que a continuación ponemos en consideración, detiene el sobrevuelo en un punto neurálgico de la cultura contemporánea, cuál es la problemática del lenguaje y su estatus categorial representacional. *El escrito es un trabajo de resonancia, más que de implicancia disciplinar. No constituye un escrito a fin de la disciplina que nos convoca editorialmente, pero es afín a la intención convocante de preguntarnos por el lenguaje de nuestras palabras, posibilitantes de la comunicación disciplinar. Tiene la figura de la compacidad conseguida a pleno punto y seguido y, a la vez (como diría Derrida), en ella y contra ella (como expresa el autor) tal compacidad se desgrana en el interior de las palabras recurrentes y dispersantes, acaso como en la misma lengua del lenguaje que invocamos. La intraducibilidad acerca esta introducción al escrito de Hernández; este desdibujarse podrá re-componerse, sumergiéndose en el interior filligranado del artículo que presentamos.*

Miguel Vitale

**"Ese abismo era una célula enorme con paredes y ventanas huecas, montaña
manifestando hendiduras, quizás, y fulgores ..."**

Antonin Artaud: Los cabrestantes de la sangre

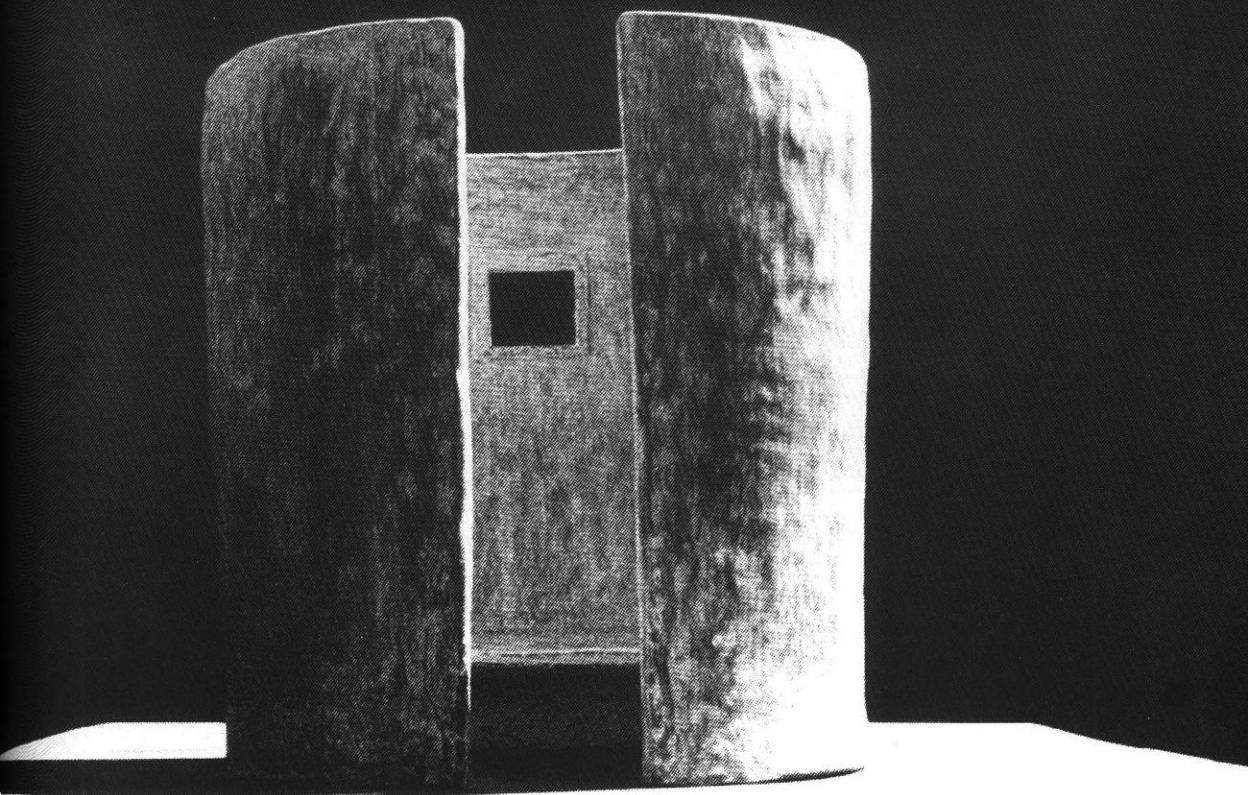
Derrida nos ofrece un texto, *Le monolingüisme de l' autre. Ou la prothèse d' origine*, traducido al castellano por Horacio Pons como *Monolingüismo del Otro. O la prótesis de origen* (Ediciones Manantial). No nos aventuramos a reseñar el libro, detallarlo temáticamente, especificarlo, clasificarlo, intentar acorralarlo, sino que tras nuestra digestión, que a la vez fuera gozo, trabajo, tiempo, espera, osamos pretender guiarte por el abismo que abierta y encubiertamente marca el ritmo y el tono de la prosodia singular de lo dicho, del esfuerzo del querer decir, de la vocación. Abismo que se dibuja a veces como mar, *un espacio simbólicamente infinito, una sima para todos los alumnos de la escuela francesa son Argelia, un abismo...* . El espacio que se va liberando poco a poco a través del relato de un testimonio que recurre necesariamente al recuerdo de un judío-francés-magrebí francófono. El testimonio en francés de la lengua francesa, pero no desde Francia sino desde otro lado. Una experiencia singular de la lengua, en la lengua, a través de ella y contra ella, un llamado y un reclamo. El precipicio empieza a ser diseñado como invitación a recorrer distancias, en principio, con la naturalidad y seguridad que confieren las palabras. Abruptamente, la hondonada aparece oculta y con la fuerza de un golpe repentino a través de la lengua. Al inicio, la francesa del testimonio singular del que habla y escribe en francés, pero que se expande, se demora a través de las lenguas, hacia una, y que corre el riesgo de la afasia.

Así, tratándose de lengua, Derrida escupe ya en las primeras páginas: *Sí, no tengo más que una lengua; ahora bien, no es la mía*; que se desboca, más adelante, en dos leyes de la lengua, cualesquiera: *nunca se habla más que una sola lengua y nunca se habla una sola lengua*. Aquí comienza la incitación del texto, la lengua contra sí misma como siendo otra; y la premura del contorno, arrojándonos a pensar su falta, su límite. El testimonio evocativo, anamnésico, del joven argelino, judío, ciudadano francés por momentos, de cultura argelina sin ciudadanía de ningún tipo, en otros, pero destinado a la lengua francesa, son prueba de un trastorno de *identidad* que expresan aquellas dos frases citadas. Pero, sobre todo, ante todo, de la lengua. No es un relato autobiográfico intraducible, pues ese abismo no tiene propiedad y por ello el convite está a la mano en la lengua de uno, por ejemplo el castellano, que debiera poder decir lo que en el texto seduce: *nunca se habla más que una sola lengua y nunca se habla una sola lengua*. Pensar perplejo en la situación en que esa antinomia o contradicción es posible de ser pensada; por supuesto, en la lengua, con la lengua, a través de la lengua, a riesgo de silencio o locura. El espacio más acá de la argumentación, como su posibilidad; más acá de la distinción entre lengua, dialecto e idioma. En sus fronteras. La frontera en ella misma de la lengua. Esto es una pro-vocación, y el movimiento de ese furor exige un itinerario sin certeza previa, a la deriva. En ese discu-

rrir del pensamiento en una lengua, con ella, a través y contra ella, empiezan a derramarse las palabras, a confesarse. Soy *monolingüe* y no puedo evitarlo, pero la lengua que hablo no es mía, y en esa confesión está como en otro lado, en otra lengua; por eso, no hablo sólo una lengua. En ese abismo, suena un ritmo incesante, un golpeteo de parches parecido a una digitalización a lo loco sobre la posibilidad que hace posible la lengua. ¿Cómo expresarla a ella, dentro-fuera, con-sin ella, en su deriva implacable? ¿Cómo quebrar ese ritmo mágico? Derrida tortura el texto porque a veces lo tortura, dentro de aquella antinomia, para encontrar el ritmo y el tono. Debemos entrar en esa corriente lenta, espaciada, demorada, que perfila el precipicio inhallable y que mora en la lengua. En este rodeo -flujo, reflujo, inversión, reversión, pliegue, repliegue, marca, remarca- empiezan a desdibujarse los contornos de la unidad, lo Uno de la lengua. Su *dada* identidad. En ese entre-espacio eructa la posibilidad de identidad, en proceso recurrente de identificación. Incluso en el suelo tan cercano como el del *yo*. ¿Desde dónde y qué tiempo supone el que dice *yo* en una lengua, lo dice en ella, da con ella, para darse como *yo*? Quizás el recuerdo tras el olvido, una sombra, un espectro. Recuerdos de voces singulares y su testimonio, el fenómeno dicho en la palabra. ¿Cómo expresar ese momento singular en la lengua que le otorga universalidad en su estructura? El abismo empieza a ser recorrido otras veces, con la imagen del desierto; otras, como aquellas *paredes* y *ventanas huecas* del principio. Derrida nos impele y nos expelle, como la lengua. Esa que hablamos, en la que *habitamos*, que se nos ofrece doblemente como *hospitalidad* y como *hostilidad*, en la cercanía y lejanía de su idéntica raíz. En esa situación ya no de unidad sino de movimiento de unicidad, la vertiente se desborda. La palabra ya no es dada al *yo* por el *yo mismo*, sino que más bien se encuentra en su posibilidad, en llegarse. Pues la posibilidad no es propiedad, *mi*, sino procedencia sin origen. En esta doble lógica del huésped y del rehén, la palabra se da para ser creída; ésta es la estructura de deseo, promesa y creencia de toda palabra, incluso de *mi mismo* o *yo*. Así, entonces, no hay más que una lengua que no está dada, que

es en espera permanente, en promesa. ¿De y a quién? Al otro. A un otro que se exige configurar en el abismo que abre la promesa y que, ausente de palabra, la hace efectiva aquí y ahora entre lo dicho. Y marcamos diferencias: ausencia-presencia, hospitalidad-hostilidad, singular-universal, yo-otro, etcétera. El texto se disemina en variedad, pero siempre reunida desde ese precipicio, fondo sin fondo. Hablamos de "propiedad" de la lengua desde su posibilidad, que es justamente la de otro, su imposibilidad. En esta relación mana el texto referencias éticas y políticas. Ese mismo espacio, ahora de *indecibilidad*, hace posible la decisión y la responsabilidad. La de la imposible propiedad, la de la inexistencia de la lengua *del* amo, la del movimiento de la colonización y su contramovimiento de liberación, a partir de una estructura en que no es posible tal apropiación. La lengua como el lugar de los celos desatados. También hablamos de promesa. Desde ella, toda lengua está por-venir. La lengua no dada en unidad siempre se promete. En realidad, habla de un espejismo. En su movimiento a la *unicidad* en la promesa, habla la lengua del otro. Y la vertiente se traza mesiánica. Y, quizás, porque desde ese lugar de espera, hable todo mesianismo. La posibilidad de religión mesiánica o escatológica. Sí, pero en sus bordes. La promesa no está dada definitivamente, no da su contenido como si tratásemos con una lengua inválida que haya perdido su origen a recuperar. Es, otra vez, la estructura de la palabra venida del otro en la promesa que se *parece al saludo dirigido al otro,...*, *reconocido como mortal, finito, abandonado...* Derrida nada en la profundidad arrojándose a ella sabiéndose en riesgo del terror y la amenaza constante al saludo-salvación; pero ahí está el otro. En esa sima invoca a la apertura heterológica que nos permite dirigirnos al otro.

Pues bien, esforzado lector, ¿tu lectura no es traducción de mi texto que es, créeme, lectura y traducción de un texto a su vez, creemos, traducido, siempre todo bajo un espacio de intraducción? A ese desierto se convoca porque está aquí y ahora sosteniéndonos tras la escritura de estas líneas. Apelas, apela, apelamos a *una* lengua que hablamos y no es la única y que no se posee. Así se va rebelando una revelación, a la vez



Hermenegildo Lucero, cerámica

que una revelación de la rebeldía de la lengua, que llama a la pureza de ese otro constantemente otro, espectro, voz del otro. Presumimos, sin quererlo pero es inevitable, de una exageración en la convivencia de una imposibilidad, de un hiperbolismo -declarado por Derrida-, de una invención. Extraña lógica, prelógica, se dirá. Nuestra sosegada tranquilidad nos remite a la seguridad de la lengua familiar, al refugio de la lengua materna. Pero, y ¿si la *única* madre insustituible fuese loca, estuviera loca, pudiera estar loca? Es posible tener una madre loca y por ello hablar una lengua loca. Loca en la lógica de lo Uno. La madre en tanto *única*, en esa aún ahora más extraña lógica de espejos, dobles, fantasmas, está loca. *Loca como el Uno de lo único*. Seguimos. El desierto a veces muestra aquellas hendiduras, angustias y falta de ley. Y sí, es el problema;

problema abismal... En la lengua, tras la lengua, con ella y contra ella nos encontramos siempre al borde del hundimiento. La amenaza constante permite y genera movimientos posibles de una amnesia sin remedio o de una amnesia integradora, identificante, estereotipada; otra locura al fin. También este rodeo que habla la invención de una lengua más allá del origen de la lengua, de una imposibilidad y de una lengua pre-lengua que no existe y, sin embargo, opera; lengua de llegada, que hace historia -política sobre todo- que corre el riesgo y con el gasto. Siempre amenazada, entre promesa y terror, y que queda aún por ser dada. En ese otro lugar, *tendido hacia lo que se consagra a venir se reitera nunca se habla más que una sola lengua y nunca se habla una sola lengua*. Artaud escribe *fulgones*. ■